

La cuestión de la voz*

BERNARD NOMINÉ **

Colegio de Clínica Psicoanalítica del Sur-Oeste, Francia.



La cuestión de la voz

Resumen

A partir de las articulaciones de Lacan sobre la voz como objeto *a*, puro objeto lógico, resto de la inscripción del sujeto en el Otro, el autor desarrolla cómo el sujeto en vías de su constitución recibe una orden primordial: un “tú eres”, “he aquí lo que tienes que ser”, que es una palabra que lo concierne. El superyó manda que todo le sea sacrificado sin resto; enuncia órdenes insensatas y, además, pretende restablecer la integridad del Otro completándolo por la voz. Hay que considerar la voz como objeto *éxtime*. La voz es un hueco en el otro, hueco que reserva un lugar para el malentendido. El chiste, la interpretación, la situación de duelo y la vocación ponen a funcionar el espacio vacío de la voz. El artículo culmina con un ejemplo clínico: el caso Nadar.

Palabras clave: voz, superyó, Otro, malentendido, objeto *éxtime*.

The matter of voice

Abstract

Based on the articulations of Lacan with respect to the voice as an object *a* –pure logic object, remainder of the inscription of the subject on the Other– the author explains how as the subject finds himself on the way to its constitution, it receives a fundamental order: a “you are,” “this is what you have to be,” which is a word that concerns him. The superego orders that all be sacrificed without remainder; it gives nonsense orders and it expects to reestablish the integrity of the Other by complementing it through the voice. The voice must be considered as an *extim* object. The voice is an opening in the other, an opening that makes room to misunderstanding. The joke, the interpretation, the situation of mourning, and the vocation make the empty space of the voice work. The article closes up with a clinical example: the Nadar case.

Keywords: voice, superego, Other, misunderstanding, *extim* object.

La question de la voix

Résumé

L’auteur se demande, à partir des articulaciones de Lacan sur la voix en tant qu’objet *a*, pur objet logique, reste de l’inscription du sujet dans l’Autre, comment le sujet en voies de sa constitution reçoit un ordre primordial: un «tu es», «voilà ce que tu dois être», qu’est une parole qui le concerne. Le surmoi réclame que tout lui soit sacrifié sans reste, énonce des ordres insensés et aspire à rétablir l’intégrité de l’Autre le complétant par la voix. C’est en tant qu’objet *extime* que la voix devra être prise en compte. La voix est un trou dans l’autre qui réserve une place au malentendu. Le mot d’esprit, l’interprétation, la condition du deuil et la vocation mettent en marche l’espace vide de la voix. L’article finit par un exemple clinique: le cas Nadar.

Mots-clés: voix, surmoi, Autre, malentendu, objet *extime*.

* Este texto corresponde a la conferencia dictada en el marco del seminario del Colegio Clínico de Madrid en su sesión de marzo del 2007.

** e-mail: ber.nomine@free.fr

Uno de los puntos que más me interesa del seminario de Lacan sobre la angustia, es el asunto de despejar el objeto a , y especialmente bajo su forma más impensable: la voz. Desde hace años me dedico al estudio de ese objeto. Sin duda porque al principio caí en la trampa de pensar que se trataba de ese objeto agalmático que el cantor ha de saber manejar en su propio cuerpo para soltarlo y hacerlo resonar en el oído de su público. Claro está que Lacan no deja totalmente de lado esa vertiente de la voz, específicamente cuando habla de la voz como de un objeto que puede separarse de su soporte.

En seguida esa frase me hizo pensar en mi experiencia en clases de canto. Recuerdo la advertencia del maestro, quien nos decía que teníamos que soltar este objeto. El buen cantor es el que concede el objeto al vacío del Otro para que pueda resonar. A menudo el cantor principiante no suelta su voz, se la guarda para sus adentros; poco suena entonces, dado que no logra alcanzar la resonancia en el otro. Nuestro maestro, cuando nos veía arrullados por nuestro propio canto —es una falla común en el cantor principiante— solía advertirnos que no teníamos que ser al mismo tiempo el lugar del efecto y el lugar de la causa. Cuando el cantor suelta su voz, se hace lugar de la causa; al oyente le toca hacerse lugar del efecto. Era, pues, una lección bastante lacaniana.

La voz implica la resonancia, veremos más adelante por qué. Todos los efectos sonoros de la voz, sus efectos agalmáticos, estriban en esa resonancia. Pero no tenemos que confundir la vertiente musical de la voz con el objeto a . Al retomar los términos de mi maestro de canto, yo diría que la vertiente musical de la voz es un efecto, pero hay otra vertiente, poco sonora, que es el lugar de la causa. En términos más especializados, les propongo esa formulación: la voz agalmática es como la imagen narcisista, es una $i(a)$ que viste el vacío sonoro del objeto a . Pues en el seminario de *La angustia*, Lacan despeja la función de la voz como objeto a , siendo una función esencialmente lógica más allá de todos los efectos sonoros o musicales que conocemos.

Más que todo otro tipo de presentificación del objeto a , la voz nos obliga a considerar al objeto a como puro objeto lógico, o sea el resto de la inscripción del sujeto en el Otro, resto alrededor del cual gira el drama del deseo. Puesto que la voz, como

objeto a , no es un objeto sonoro, no se oye sino en la psicosis donde la voz se sonoriza en la alucinación verbal, y también se escucha en los imperativos del superyó.

¿De dónde sacó Lacan ese concepto? Lo sacó de la lectura de un texto judío, el *Pirké aboth*, el tratado de los padres, donde hablan de la circuncisión como resto del sacrificio de Isaac; sacrificio insensato que por fin nunca tuvo lugar. La religión judía se fundó en aquel sacrificio fallido. El sacrificio del que se trata es el sacrificio que tiene que hacer quien entra en el pacto de la palabra. La circuncisión se limita a un pedacito de cuerpo que el prepucio objetiva. Pero, más profundamente, el objeto del sacrificio es incorporeal. Por eso en el tratado de los padres se dice que hay otros tipos de circuncisiones: la de los labios, la del oído. La circuncisión abre, y permite así hablar y escuchar. De ahí viene la idea de la voz como objeto del sacrificio.

En ciertas circunstancias, dice un tal Rabbi Eliezer¹, una voz va de una extremidad del mundo a la otra sin jamás ser percibida, es, por ejemplo, la voz del árbol frutal cuando uno lo corta, o la voz de la serpiente cuando muda, la voz de la mujer que pierde su virginidad, y la voz del alma cuando se aparta del cuerpo. En esas circunstancias hay una separación esencial, una pérdida, pero esa pérdida se efectúa sin grito, sin ruido. La pérdida de la que se trata, la separación esencial, remite a ese objeto lacaniano: la voz como objeto a .

Esa separación inaugural con la voz tuvo lugar cuando el sujeto aceptó alienarse con el Otro. En el mito lacaniano del advenimiento del sujeto, el ser que tendrá que hablar tiene primeramente que constituirse en el Otro, donde están los aparatos de la comunicación. Ahí recibe un “tú eres” previo, antes de poder preguntar al Otro: “¿quién soy?”. Ahora bien, no todo de ese ser primitivo y mítico puede resumirse en esa inscripción simbólica; hay un resto: aquel objeto a . Pues, “para el sujeto en vías de constitución —dice Lacan— tenemos que buscar el resto en una voz separada de su soporte”².

Pero lo anterior es una cosa un poco difícil de entender, por eso tenemos que andar paso a paso. Antes de poder descifrar la palabra del Otro, el niño recibe una orden primordial; es un “tú eres” o “he aquí lo que tienes que ser”, sin importar que ese imperativo sea interrumpido. Lo importante es que se dirija al sujeto; es una palabra que lo concierne. El sujeto tiene que incorporar esa orden primordial para poder hablar y luego pedir algo. Sin embargo, antes de dirigirse al Otro el niño tiene vocalizaciones, balbuceo, pues es un goce al que tendrá que renunciar cuando entre en la palabra. Pero esa renuncia no será sino parcial. Siempre perdurará un goce insensato al margen de la palabra sensata. Si el Otro garantiza el sentido de la palabra, ¿cómo se las arregla con ese goce insensato que puede volverlo inconsistente? Pues ese goce crea un hueco en el Otro; hueco que es el lugar de su deseo supuesto. En ese hueco resuenan los



1. Rabbi Eliezer, *Pirké de Rabbi Eliezer-Leçons de Rabbi Eliezer* (Paris: Verdier, 1983), 208.
2. Jacques Lacan, *El seminario de Jacques Lacan. Libro 10, La angustia* (Buenos Aires: Paidós, 2006), 296.

significantes, creando así malentendidos. La voz, como objeto *a*, constituye un hueco en el Otro, pero ese Otro no ha de responder por la voz. La instancia que pretende responder por la voz es el superyó. El superyó manda que todo le sea sacrificado sin resto. El superyó enuncia órdenes insensatas.

Uno de los mitos fundadores en la tradición judeocristiana ilustra ese dicho primero y su oscura autoridad. Es esa orden insensata que Abraham escucha y a la que se somete. Está dispuesto a sacrificar a su único hijo para agradar a ese dios que lo pone a prueba. Es el prototipo de la orden insensata. En el último momento, un ángel detiene el brazo armado de Abraham y le enseña un carnero para sacrificar. En la tradición del *Midrach Rabba*, ese animal representa el carnero primordial, creado al sexto día, o sea el antepasado del hombre. El *Midrach* insiste en que ese carnero fue sacrificado sin resto, “ninguna parte del carnero fue inútil”. Hasta el cuerno con el que hicieron aquel *shofar*, esa trompa ritual que hacen sonar en ciertas ocasiones. Para Lacan, el *shofar* desempeña la función de recordar el grito del animal primordial, que hacen sonar para celebrar la alianza de Yavhé con su pueblo; alianza firmada en los diez mandamientos.

Hay que subrayar que la alianza de Yavhé con su pueblo se efectuó en dos tiempos. El primer tiempo es el sacrificio fallido, que es en realidad la renuncia a los sacrificios humanos. El segundo tiempo es la escritura de la ley por Moisés, en el que la Alianza de Dios con su pueblo se manifiesta a través de *las diez palabras*, según la tradición judía, o *los diez mandamientos*, según la tradición cristiana. Aquí vamos a ver muy claramente que la voz y la palabra son cosas distintas. No cabe duda que por eso Lacan eligió esta referencia para destacar ese objeto extraño —la voz— al margen de la palabra.

Escuchen un poco lo que dice el texto, capítulo 19 del Éxodo.

Elohim va a hablar con Moisés en la montaña, pero el pueblo debe quedarse abajo. El *shofar* anuncia el encuentro. “Entonces, vienen voces, relámpagos, nubarrón pesado sobre la montaña y la voz del *shofar*, muy fuerte”. Entonces Moisés habla y “Dios le contesta en la voz”. Dicta *las diez palabras* y luego el *shofar* resuena de nuevo y el pueblo puede acercarse. «Todo el pueblo ve las voces, las antorchas, la voz del *shofar* y a Moisés le dicen: “Habla Tú con nosotros y escucharemos. Que Elohim no hable con nosotros si no nos moriremos”». Hace falta pues, un intermediario entre el pueblo y la voz de Dios, que represente un peligro mortal. Luego el *shofar* es utilizado como frontera; mantiene y señala el borde, el umbral. Además, vemos que Moisés cumple la función de traducir la voz de Dios, entonces se escriben las diez palabras sobre las Tablas de la ley. Luego el pueblo tendrá que hacer suya la ley de su dios. Sin embargo, siempre se quedará al margen un eco del vozarrón. En su estudio sobre el ritual judío,

Reik subraya que los rabinos hacen sonar la trompa para recordar la segunda etapa, pero remite a la primera, el *shofar* hecho a partir del cuerno del carnero resuena con el mugido del dios bestial, esa potencia oscura a la que le agradaban los sacrificios humanos. Dicho de otro modo, al revés de lo que afirmaban los rabinos del *Midrach*, hubo sobras en el sacrificio, no todo el grito del animal fue traducido en el mandamiento divino escrito en las Tablas de la ley. El *shofar*, dice Lacan, está aquí para recordarle a Dios sus orígenes, para hacerlo un poco más modesto.

El Otro no es un lugar totalmente despejado del bramido del animal, de las vociferaciones del vozarrón. Sin embargo, el Otro no lo puede justificar, no puede responder de ello. Afortunadamente, porque si la ley sensata del Otro tuviera que responder por ese vozarrón, esa ley sería absolutamente feroz. Eso es lo que realiza el superyó. Por eso Lacan relaciona la voz y el superyó. El superyó pretende restablecer la integridad del Otro, completándolo por la voz³. En cambio, estructuralmente, la voz descompleta al Otro y subraya su falta de garantía. Entonces, hay que considerar la voz como objeto *éxtimo*, o sea, a la vez íntimo y ajeno; es lo ajeno en el interior. La voz está en el Otro, ya que participa en el aparato del lenguaje, pero siendo un resto insensato, se aparta de la naturaleza de este Otro que es fiador del sentido. La voz es, entonces, un paréntesis, un hueco en el Otro. Ese hueco en el Otro reserva un lugar para el malentendido, un lugar para el deseo en los dichos del Otro. Pero es preciso que el sujeto también contribuya a ello, que admita que uno puede escuchar otra cosa en lo que se dice. “Debemos incorporar la voz como alteridad de lo que se dice [...]”⁴. “Una voz se incorpora. Esto es lo que puede darle una función para modelar nuestro vacío”⁵. Creo que es una frase bastante complicada que subraya que la voz es primeramente exterior al sujeto, que viene de fuera; es una alteridad que se hace interior cuando se incorpora. Luego la voz es, por excelencia, el objeto de la separación. El sujeto y el Otro lo comparten, comparten ese lugar vacío. Luego el sujeto puede situar su voz como objeto *a*, o sea la parte insensata de su enunciación en el vacío del Otro, donde puede resonar. Del mismo modo, los decires del Otro resuenan del lado del sujeto, ahí donde el objeto voz ha modelado un vacío. Eso le permite ser sensible a la alteridad de lo que se dice. La alienación del sujeto con el Otro no se hace sin separación, y esa es la función que garantiza aquel objeto, aquel resto de voz.

La interpretación analítica se funda en ese objeto que conlleva la alteridad de lo que se dice. El analista ha de dar sitio a ese objeto *a*. Encarna su función al escuchar de modo peculiar, con “la tercera oreja”, como lo decía Reik. Esa tercera oreja

funciona de modo doble —dice Reik—: puede captar lo que no ha sido dicho sino solamente experimentado o pensado. Y uno puede también dirigirla hacia el interior.



3. Jacques Lacan, *Le séminaire. Livre xvi, D'un Autre à l'autre* (Paris: Seuil, 2006), 258.
4. Jacques Lacan, *El seminario de Jacques Lacan. Libro 10, La angustia*, óp. cit., 298.
5. *Ibíd.*, 299.

Puede escuchar voces procedentes de lo más recóndito del yo, voces habitualmente inaudibles por estar ahogadas por el ruido de los procesos de nuestro pensamiento consciente⁶.

A mi modo de ver, esa frase de Reik resuena con el tema del objeto voz en Lacan.

Este lugar vacío de la voz como objeto *a* es el lugar donde resuena el chiste. El chiste es una palabra insensata que se dirige al Otro, apunta a su vacío. Por eso un chiste que tiene éxito es forzosamente compartido. El que lo ha escuchado se apresura a hacerlo resonar en otro vacío. No hay nada tan pulsional como esa estructura del *Witz*, donde la palabra sirve para rodear el vacío en el Otro. En el chiste, es la pulsión la que crea un lazo social, por eso el chiste se propaga con tanta rapidez.

Lo pulsional tiene algo que ver con ese vacío de la voz que me empeño en destacar. En su seminario sobre Joyce, Lacan define la pulsión como: “El eco en el cuerpo por el hecho de que hay un decir, sin embargo, —añade— para que este decir resuene, para que consuene, es preciso que el cuerpo sea sensible”⁷. Y Lacan agrega que lo que pone al cuerpo sensible al decir no es el oído, sino la voz como objeto *a*, o sea como vacío en que resuena el significante. Así pues, *la pulsión es el eco del decir en el cuerpo*.

Esa metáfora es luminosa. El eco es pura enunciación, se repite sin querer decir nada, sin embargo, hace vibrar un espacio hueco y así lo revela y lo mide. Cuando escuchamos a alguien hablando, ocurre que más allá de sus dichos su decir encuentra un eco en nosotros, entonces es cuando se abren nuestros oídos y nos despertamos. En realidad, no es el oído lo que se abre, ya que siempre queda abierto, lo que se abre es el espacio vacío de la voz puesto en resonancia por el decir. En su seminario 10, Lacan aún no habla del decir, sino de la “alteridad de lo que se dice”.

El lugar vacío de la voz como objeto *a* es también un lugar adecuado para las formaciones del inconsciente y luego para el sujeto supuesto saber cuya palabrería tapa el vacío sonoro de la voz, esa falta de garantía en el Otro. Al lado del chiste y de la interpretación analítica, dos situaciones parecen poner en función este espacio vacío de la voz. La primera, es muy común, es la situación de duelo; la segunda es lo que se llama la vocación, más escasa y reservada para pocos.

Este fenómeno de la vocación tendría que interesar a los analistas, ya que es un fenómeno que surge en algunos en el lugar mismo donde podría surgir en otros un momento de trastorno del sujeto que pierde sus marcas en el Otro, o sea un desencadenamiento. El desencadenamiento de la psicosis implica que el sujeto se

6. Theodore Reik, *Ecouter avec la troisième oreille*. (Paris: Claude Tchou, Bibliothèque des introuvables, 2003), 141.

7. Jacques Lacan, *El seminario de Jacques Lacan. Libro 23, El sinthome* (Buenos Aires: Paidós, 2006), 18.



encuentre con la insensatez de su existencia, un sin sentido inasimilable por el Otro, o sea: su estatuto de objeto de goce.

El santo —lo llaman santo, aunque no todos los sacerdotes, los frailes, las monjas son santos— es quien percibe en ese momento una llamada de Dios Padre, una señal que lo concierne especialmente. Esas personas dan fe de eso fácilmente porque ese momento de la llamada es esencial para ellas. Así, pude recoger el testimonio de un amigo de la infancia que encontré por casualidad en la visita de un monasterio.

Me contó que al salir de la adolescencia, había ido a pasar unos días en un monasterio, acompañando a un amigo toxicómano a quien quería ayudar. Estaba sentado en el suelo, en un rincón del claustro, esculpiendo un palo para ocupar sus manos. A su lado había dejado un libro sacado de la biblioteca. Por ahí pasó un monje, se detuvo, vio el libro y le dijo: “¿Ha leído usted el capítulo x? Léalo, ese capítulo le concierne”. El joven se arrojó a la lectura de dicho capítulo y quedó trastornado. El capítulo le concernía; encontró ahí una serie de acontecimientos de su vida que entonces tomaban un sentido. Luego, preguntó por quién era el monje que le había hablado y se enteró de que era el Prior del convento. Yo mismo me enteré, después de nuestra charla, de que el Prior llevaba dos nombres, siendo el primero el del padre de mi amigo y el segundo el suyo mismo. Pidió, pues, una cita con el Prior y este le entregó tres frases que orientaron su vida. Abandonó todo, sus estudios, una novia, y redactó una carta en la que se comprometía. Mandó esa carta el día del aniversario de la muerte de un amigo muy querido. Este amigo estaba a punto de hacerse sacerdote cuando murió de un cáncer. Poco tiempo antes de morir el amigo había mandado una carta edificante a su madre. Así pues, la muerte de este amigo le había trastornado. Al comprometerse en esta fecha daba cierto sentido a su acto. En un primer tiempo pensé que había, de cierto modo, renunciado a la vida. Sin embargo, la carrera de este hombre no tiene nada que ver con una renuncia. Él ha trazado su camino, parece alegre, anima un seminario internacional sobre un tema ético que rebasa el ámbito religioso, al cual vienen personas desde lejos para participar en sus sesiones.

¿Qué pensar de este testimonio? En un momento, sin duda, difícil de su vida, este hombre se siente de repente reconocido, más allá de sí mismo, por esa figura del Otro que le propone orientar los significantes de su vida. Luego, él incorpora esa voz que habla entre líneas y que le enseña el camino. Lo de hacer de la voz el objeto que lo aliena al padre es llamativo. Esa voz no se sonoriza, uno solo la puede despejar por una construcción lógica a partir del casi oráculo del Prior y en el eco de la lectura del libro que le aconsejó. En la psicosis, la voz se sonoriza y es otra cosa.

La otra situación, mucho más común, que yo quisiera abordar es la experiencia del duelo. El duelo pone en evidencia ese espacio vacío de la voz. La muerte es la



desaparición de una voz. Esa voz que falta resuena naturalmente en ese vacío original cavado por la voz en el Otro. El sujeto en duelo tiende a buscar en su monólogo interior un eco de la voz desaparecida. Entonces, la voz, ese objeto tan poco ruidoso en la vida cotidiana del neurótico, encuentra por un momento una suerte de encarnación. En mi opinión, el duelo parece ser una reincorporación. Se superponen así dos faltas: la voz de aquel a quien echamos de menos y la voz que falta estructuralmente. De vez en cuando puede suceder que esa superposición dé consistencia a la voz que luego se sonoriza y de repente el sujeto acecha en lo real señales de la presencia del fallecido.

Me enteré hace poco de una madre que sonorizaba la voz de su hijo muerto y pasaba el tiempo en un coloquio interior con él. Hasta había conseguido crear un sitio *web* para él. Más comúnmente, el tiempo del duelo se caracteriza por una primera fase marcada por la culpabilidad y podemos reconocer ahí una manifestación del superyó, o sea una manifestación del Otro completado por la voz⁸.

Para entender esa fórmula, tenemos que volver al primer paso de la alienación, primer paso metaforizado en el cuento del sacrificio fallido de Isaac y marcado en el grafo de Lacan. Si miramos con atención ese grafo, vemos que, más allá de la intervención del Otro; en el punto A, más allá del pacto de la palabra quedan dos restos. Por un lado, está el ideal del yo. Si Abraham dio su primer paso subiendo al monte era para ser reconocido como ideal por Elohim. Por el otro lado, hay algo que Lacan escribe pero aún no comenta: la voz.

Al fin y al cabo, les propongo considerar que el superyó es esa tendencia que exige que no quede resto; así que la meta del superyó sería entonces la de agregar la voz al significante ideal.

Que no queden sobras, es el fundamento de la orden superyoica. Es algo que uno puede comprobar en ese síntoma moderno que llaman bulimia. Recuerden que se dice que el superyó es goloso. En la bulimia, el sujeto se empeña en hacer desaparecer las sobras. El sujeto que tiene ese síntoma de la bulimia no es forzosamente un goloso, puede resistir la tentación de un manjar delicioso, pero no puede oponerse a la orden del superyó goloso que exige que no queden sobras. Tiene que comer hasta vaciar la nevera para que no queden sobras. Una vez más, el principio del resto es el objeto *a*, y su forma más llamativa es la voz. De ahí resulta esa definición lacaniana del superyó como el Otro completado por la voz.

Nada tiene que ver con el vozarrón que el melancólico no puede dejar de escuchar y que le dice: “¡Eres una carroña, más vale que te mueras!”. El único momento en que un sujeto alcanza lo que él es como objeto es, sin duda, la melancolía. La verdad de su estatuto de objeto le aparece sin ningún señuelo. Luego es imposible mantener un coloquio con el melancólico. El mismo no quiere comunicar, a veces teme contaminar

8. Jacques Lacan, *Le séminaire. Livre XVI, D'un Autre à l'autre, óp. cit.*, clase del 26 marzo de 1969.

a su interlocutor con su bilis negra. La voz es, para él, un veneno terrible. En él, la voz no funciona como objeto a que lo representa para el deseo del Otro. El melancólico se reduce a esa voz que nadie quiere.

En la manía, el sujeto parece divertirse, jugar con la palabra, tomarla a su gusto, a tal punto que ninguna comunicación es posible. Lacan nos dice que “el sujeto no tiene lastre de ningún a, lo cual lo entrega a la pura metonimia, infinita y lúdica de la cadena significante”⁹. Entonces, la metonimia es la única regla para ese pseudo discurso.

En la psicosis, la voz no es un objeto a, no es ese vacío sonoro, y luego, ese objeto, por no ser extraído del Otro, vocifera en sus enunciados. Por eso Lacan dijo que en la psicosis paranoica, la voz se sonoriza. El psicótico se siente llamado desde cualquier parte del mundo. Las voces apuntan a su ser, injuriándolo, designándolo como defecto del universo. Pero la presencia de la voz no necesita la manifestación de las voces alucinadas para demostrarse. Lo de tomar el significante al pie de la letra, rehusando la alteridad de lo que se dice, lo de preferir la metonimia al sentido, todo eso muestra que para el psicótico, la voz se impone en los enunciados del Otro. Pero quiero subrayar, una vez más, que la voz presente en el Otro del psicótico es un objeto lleno, masivo, no es ese hueco en el Otro, un hueco donde los significantes resuenan. Por eso los psicóticos no son sensibles al chiste. Por supuesto, está la ironía del esquizofrénico, pero se trata más bien de la ironía propia del significante, que no remite a una intención propia del sujeto.

EL CASO NADAR

Conocí a Nadar por primera vez cuando yo trabajaba como médico psiquiatra residente en un hospital psiquiátrico. Nadar tenía entonces veinticinco años; lo llevaron sus padres. Lo habían encontrado recluido entre las cuatro paredes de su apartamento, donde vivía desde hacía tres semanas casi sin comer ni dormir. En esa época casi no hablaba, a no ser que se quejara por el tratamiento psiquiátrico. La primera palabra vino después de quince días, cuando los enfermeros se dieron cuenta de que tenía un hambre de ogro y que recogía las sobras de la comida en bolsitas que escondía en su habitación. Entonces, pudo confesar que era en previsión de una tercera guerra mundial.

Del lado de los significantes familiares, hay una figura importante: el abuelo materno; un ingeniero brillante, jefe de una empresa. La madre se las había arreglado para que su marido fuera empleado de su padre. Así había favorecido la identificación de Nadar con el abuelo materno. Se dedicó a estudiar matemáticas con miras a reemplazar al abuelo. Cuando el abuelo materno fallece, la madre instala a su hijo en el apartamento del difunto y le entrega además su coche, tantas cosas que a mi



9. Jacques Lacan, *El seminario de Jacques Lacan. Libro 10, La angustia, óp. cit., 363.*

paciente le resultaron insoportables. En esa época, Nadar estaba a punto de acabar sus estudios para ser profesor de matemáticas. Es entonces cuando fracasa en el último examen; es el desencadenamiento de la catástrofe.

En realidad, la muerte del abuelo materno había dejado libre el lugar de la excepción en la estructura familiar. Luego aprobar su examen de matemáticas habría propulsado a Nadar hacia el sitio que le otorgaba su madre. Por otra parte, ese fracaso en el examen lo propulsa, por la vía de la lógica significativa, hacia un empleo subalterno. Él, que casi era profesor de matemáticas, saliendo de la Universidad, de repente piensa en hacerse geómetra ayudante. Así consigue el empleo que le conviene. El que pone la mira y pone coto; el que pone los límites: “¡Qué lindo es acotar el planeta!” dijo. Sin embargo, muy pronto esa tarea le resulta imposible, ya que nada puede asegurarle que el coto esté colocado en el lugar exacto. Entonces, eso lo retrasa en su trabajo, luego el geómetra jefe se enfada con él y se vuelve rápidamente un perseguidor.

Después de cierto tiempo, gracias a la transferencia, dio más detalles y especialmente pudimos despejar el momento del desencadenamiento.

Hubo dos malos encuentros con la muerte:

Primer encuentro. Está con un compañero escalando un pico en la sierra y de repente oye un grito, un hombre cae delante de ellos y tienen que permanecer al lado del cadáver esperando socorro. El compañero, que tiene hambre, abre una lata de conserva y se la come. Nadar percibe entonces un olor a carnicería y súbitamente le viene un pensamiento: frente a la muerte uno se dice: “el sueño se acaba”. Ese fenómeno del olor a carnicería con esa impresión de fin de sueño nos hace pensar en un fenómeno elemental.

Segundo encuentro. Poco después, una tía suya se ahoga delante de sus ojos. La llevan al hospital donde él la visita. La tía le da la mano, él se desmaya y es cuando tiene una primera alucinación. Oye una voz diciendo: “Cristo volverá para salvar a los hombres”. A esos dos encuentros con la muerte hay que añadir el encuentro con el amor. En esa época Nadar se enamora de su prima. Pero no es sino un delirio erotomaniaco. Se imagina que la prima hermana lo quiere, y que los padres, los allegados, le impiden acercarse a él. Entonces, se aísla en la soledad de su apartamento, en una soledad que intenta colmar con bulimia y masturbación.

Ahora, el verdadero momento de desencadenamiento, el encuentro con Unpadre como dice Lacan, ocurre cuando encuentra a un estudiante japonés que estaba, como él, aislado en el restaurante de la universidad. Almuerzan los dos frente a frente. Es la época en que Nadar es invadido por ese goce oral. Pero no soporta encontrarlo en su prójimo, los ruidos de la boca del extranjero que tiene al frente le molestan así como le molestaban los mismos ruidos de boca de su padre. Por la noche vuelve a su

apartamento y es entonces cuando oye los gritos de una mujer que parecen proceder del piso superior. Tiene la certeza de que se trata de su prima, a quien el estudiante japonés atormenta.

Todas las noches vuelve el fenómeno. Oye gritos y siempre la misma significación: torturan a su prima. Los verdugos son aquellos a quienes ha dado la mano o con quienes ha almorzado. Poco a poco, la significación se especifica. No torturan a la prima, sino que la hacen gozar con aparatos innobles como una perforadora en la vagina y luego con la “máquina de gozar”. Tiene la impresión de que el edificio entero se organiza para que la cosa sea posible. Además, confiesa que si la hacen gozar es para él: actúan por su propia cuenta.

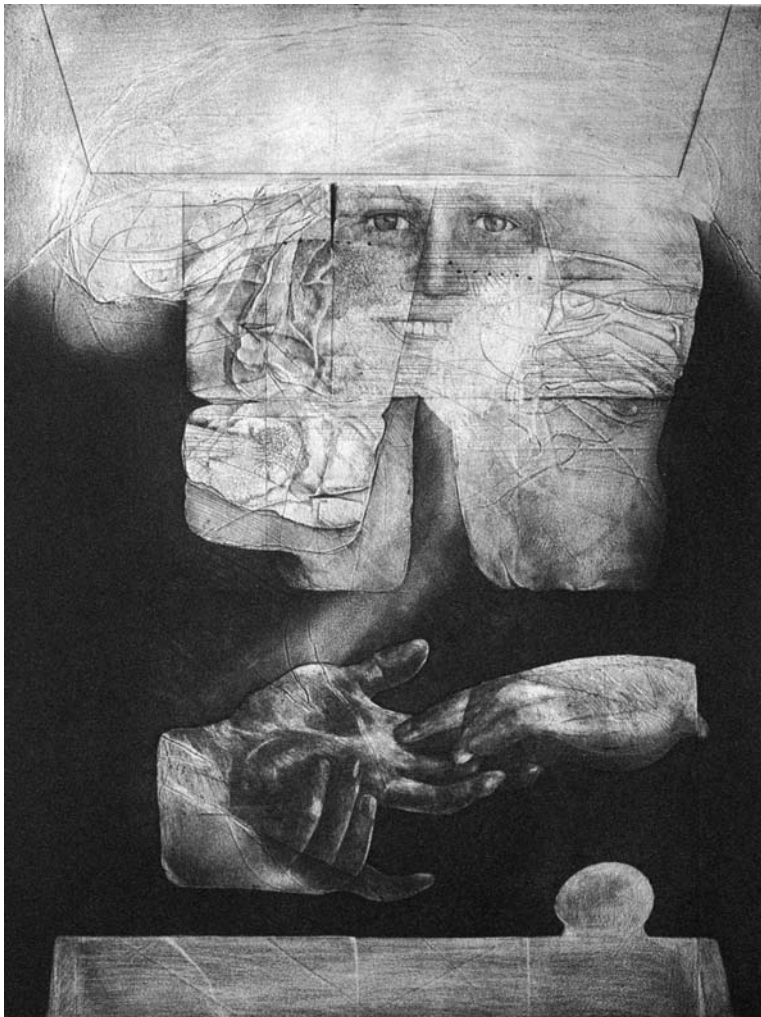
Tiene la idea, la sensación de que la prima está siempre sobre su espalda y que él es el único que no la ve. Para alejar esa quimera, ese fantasma que se moría y siempre resucitaba sobre su espalda, tenía que matarla con un puñal diciendo: “¡Te mato yo!”¹⁰. Esa vertiente de su delirio me hizo pensar que la prima representaba a su doble femenino y realizaba así cierta forma de empuje a la mujer. Ese desdoblamiento imaginario supone también un desdoblamiento a nivel de lo simbólico. Tiene dos nombres, pues de repente rellena dos declaraciones de renta distintas. Ya no abre su correo y se imagina que otro personaje, llamado con su segundo nombre, puede leer su correo, fumar su pipa y cometer delitos en la sombra. Por supuesto ese desdoblamiento fracasa en su intento por poner trabas al desencadenamiento del goce que lo asalta en la soledad del apartamento del abuelo difunto. El único remedio que encuentra para hacer callar las voces, es imponerse restricciones alimenticias por medio de fórmulas raras que son puros sinsentidos, órdenes insensatas: “No beber agua para poder estudiar de nuevo matemáticas, no comer buey con salsa para poder hacerse geómetra...”. Ciertamente se imagina que algunos podrían hacerle comer los platos prohibidos para perseguirlo. En eso sigue, en parte, el delirio de su primo, que tuvo un episodio de anorexia delirante y que le habría dicho que desconfiara de las invitaciones al restaurante: “Te invitan al restaurante y después te [...] eso es la factura”. Nadar no entendió el sentido de esa frase interrumpida; sin embargo, evita con cuidado todos los restaurantes. Nadar se enfrenta con el goce que lo simbólico le impone. Digo, lo simbólico y no el Otro. Porque, a mi modo de ver, Nadar no tiene relación con el Otro, sino con lo simbólico. El Otro es el resultado de la incorporación de lo simbólico. Y hemos visto la consecuencia: el aislamiento de la voz como hueco en el Otro. En lo simbólico, en cambio, no hay ningún hueco, es un lugar infinito, sin límite pero sin hueco. Nadar tiene que contrarrestar los efectos de lo simbólico en su cuerpo. Nadar intenta oponerse con sus restricciones alimenticias. Pero en vano, ya que para Nadar no hay distancia entre las palabras y las cosas, entre el significante y el



10. En francés “je te tue”. Hay una homofonía entre ‘tue’ (mato) y ‘tu’ (pronombre de la segunda persona singular). Pero Nadar no usa esa homofonía, sino que toma esa frase al pie de la letra. Con su fórmula Nadar nos muestra que intenta separar el yo y el tú sin lograrlo.

significado. Nadar toma las palabras al pie de la letra. No hay para él ninguna alteridad en lo que se dice.

Es el vacío de la voz en el Otro lo que nos permite escuchar la alteridad de lo que se dice. A falta de ese vacío de la voz en el Otro, o en otras palabras, si la voz, ese objeto insensato no ha caído, entonces retorna en lo Real bajo la forma del grito alucinado, el grito de esa mujer que goza en la espalda de Nadar.



BIBLIOGRAFÍA

ELIEZER, RABBI. *Pirqué de Rabbi Eliezer-Leçons de Rabbi Eliezer*. Paris: Verdier, 1983.

LACAN, JACQUES. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 10, La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.

LACAN, JACQUES. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 23, El sinthome*. Buenos Aires: Paidós, 2006.

LACAN, JACQUES. *Le séminaire. Livre XVI, D'un Autre à l'autre*. Paris: Seuil, 2006.

REIK, THEODORE. *El ritual: estudio psicoanalítico de los ritos religiosos*. Buenos Aires: ACME-Agalma, 1995.

REIK, THEODORE. *Ecouter avec la troisième oreille*. Paris: Claude Tchou, Bibliothèque des introuvables, 2003.